

(299)
...amiento con Eugenia, y de allí á seis meses fué
nombrado consejero en la audiencia de Aragón.
Antes de partir de Bourges, Eugenia hizo fun-
dir el oro de aquellas joyas tan largo tiempo pre-
ciadas á su corazón, y las empleó así como los ocho
mil francos de su fortuna, en un regalo de oro, de
que hizo un regalo á la parroquia en que había
rogado tantas veces por él.
En adelante pasó el tiempo entre Arger y Sa-
umur. Su marido, por haber muerto poco solo en
una circunstancia política, ocupó la presidencia de
cámara, y después de ella, al cabo de tres años, le-
gó á ser primer consejero. Esperto con imparcialidad
la industria, y la de ocupar un lugar en
la cámara de los señores. Ambrosiano y el señor.
y entonces... entonces...
...Hombres, el rey era su primo, decía Blarin.
... la línea blanda, también Cordeiller, en
... de Saumur.

(300)
... las más crueses ridiculas.
... Debo de estar muy triste la noche del día
de los de Bonfons, que se puede ver, en su man-
del Poder más. Debo tener un castillo ó un casti-
co. Porque no puedo ser un médico? Haces tiempo
que se veían tan pocos? Será mejor que vaya
... El señor presidente de Bonfons, (al fin había abo-
lido ya el nombre patronímico de Cruchot) no lle-
gó á realizar ninguna de sus ideas de ambición. Mu-
rió ocho días después de haber sido nombrado di-
putado de Saumur.
Dios que lo vé todo y jamás hiere en vago, le
castigaba sin duda por sus cálculos y habilidad ju-
rídica con la cual había hecho su minuta *por medio*
de Cruchot, de su contrato matrimonial, en que los dos
futuros esposos se daban recíprocamente, *en caso de*
no tener sucesion, la universalidad de todos sus bie-

CONCLUSION.

nes, muebles é inmuebles, sin escepcion ni reserva, de toda propiedad, dispensándose aun la formalidad del inventario, sin que la omision de dicho inventario, etc. etc.

Esta cláusula puede esplicar el profundo respeto que el Presidente tuvo constantemente por la voluntad y antojo de madama de Bonfons. Las mujeres tenian al presidente como uno de los hombres mas delicados, le compadecian, y hasta llegaban á acusarle por el dolor y la pasion de Eugenia; pero de la manera con que saben acusar á una mujer, con las mas crueles ridiculeces.

— Debe de estar muy mala la señora del presidente de Bonfons, que se queda sola, sin su marido! Pobre niña! Debe tener una gastritis ó un cáncer. Porque no procura por un médico? Hace tiempo que se vuelve tan pálida! Será menester que vaya á consultar los médicos célebres de Paris. Como es posible que no desee tener un hijo? Si ama tanto á su marido, segun dicen, debiera en su posicion concederle un heredero. ¿Sabe V. que esto es muy extravagante? Y si fuese por efecto de un capricho, seria muy culpable. Pobre presidente!...

Eugenia, dotada de aquel tacto delicado que el solitario ejerce en sus continuas meditaciones, y de aquel ojo esquisito con que penetra las cosas de este mundo; Eugenia, habituada por la desgracia y por su última leccion á adivinarlo todo, sabia que el

presidente deseaba su muerte para hallarse en posesion de aquella inmensa fortuna, aumentada todavía de dos millones por la muerte de sus tios el notario y el abate, que Dios quiso llamar á su morada celestial. La pobre reclusa compadecia al presidente. La providencia la vengó de los cálculos de que ella era objeto, de la infame indiferencia de un esposo, que respetaba como la mas fuerte de las garantias la pasion sin esperanza de que se alimentaba Eugenia. Dar vida á un hijo, ¿no era destruir las esperanzas de su egoismo y los placeres de su ambicion?

Dios echó pues una lluvia de oro sobre la rica heredera, á quien el oro era indiferente, porque aspiraba al cielo; su vida piadosa y santa se reducía á socorrer á los desgraciados; pero en secreto.

Madama de Bonfons quedó viuda á los treinta y siete años, rica de veinte y cinco millones, hermosa todavía, pero como lo es una mujer á los cuarenta años. Su rostro era blanco, pacífico y tranquilo, su voz dulce y apacible y sus maneras sencillas: tenia toda la nobleza del dolor y la santidad de una persona que jamás ha contagiado su alma al contacto del mundo, pero con las rancias y mezquinas costumbres que dá la monótona vida de provincia. Apesar de un millon y cien mil libras de renta, vivió como habia vivido la pobre Eugenia Grandet, sin encender fuego en su cuarto sino en los dias que en

otro tiempo su padre la permitía alumbrar el calentador de la sala, y seguía en todo su vigor el programa de sus años juveniles. Vestía como su madre. La casa de Saumur, sin sol, sin calor, sin cesar sombría y melancólica era la imájen de su vida. Acumulaba cuidadosamente sus créditos, y tal vez habría sido tenida por avara si no lo hubiese desmentido el noble empleo que hacía de su fortuna. Fundaciones piadosas y caritativas, un hospicio para la vejez, escuelas cristianas para los niños, una biblioteca pública ricamente adornada atestiguaban todos los años la falsedad de la avaricia que la atribuían ciertas personas. Las iglesias de Saumur le deben aun hoy día algunas bellezas, inspirando generalmente su memoria un religioso respeto. Aquel noble corazón que no latía sino por sentimientos los más tiernos; debía acaso estar sometido á los cálculos del interés humano? el oro podía comunicar sus tintes fríos á aquella vida celestial, infundiéndola la desconfianza de los sentimientos?

—Solo tú me amas en este mundo! decía á Mariana.

La mano de aquella mujer cicatrizaba las úlceras secretas de todas las familias; encaminábase al cielo, acompañada de una serie de beneficios: la grandeza de su alma alijeraba las frivolidades de su educación y las costumbres de su vida primera. Tal es la historia de aquella mujer, que no era del

mundo en medio de él, y la cual, nacida para ser de una manera magnífica buena esposa y buena madre, se hallaba sin marido, sin hijos y sin familia.

Hacia algunos días que no se trataba de otra cosa que de su nuevo casamiento. Las jentes de Saumur hablaban del marqués de Froidfond, cuya familia comenzaba á rodear á la rica viuda como en otro tiempo lo habían hecho los Cruchot.

Mariana y Cornoiller entraban, según se decía en los intereses del marqués, pero nada más falso. Ni la grande Mariana, ni Cornoiller podían tener malicia para comprender las corrupciones del mundo.

Este desenlace engaña necesariamente la curiosidad del lector. Tal vez sea así de todos los desenlaces verdaderos. Las tragedias y los dramas, para hablar el lenguaje de estos tiempos, son raros en la naturaleza. Acuérdesse del preámbulo: esta historia no es más que una traducción imperfecta de algunas páginas olvidadas por los copistas en el gran libro del mundo; en ella no hay invención; es una débil miniatura por la cual ha sido menester la paciencia más que el arte. Cada provincia tiene su Grandet: solamente que el Grandet de Mayenne ó de Lille

es menos rico que el antiguo *maire* de Saumur. El autor habrá podido forzar un rasgo, dibujar mal sus ángeles terrestres, poner un poco mas ó menos de color en su marroquin; tal vez ha cargado demasiado de oro el contorno de la cabeza de su Maria; quizá no habrá distribuido bien la luz, segun las reglas del arte; en fin, puede ser que haya oscurecido los tintes ya negros de su anciano, imájen toda material. Pero nadie reuse la indulgencia al pobre monje, que vive en el fondo de su celda, adorando á su *Rosa mundi*, á su Maria, bella imájen de todo el secso, esposa del paciente monje, la segunda Eva de los cristianos.

Si él continúa, apesar de las críticas, acordando tantas perfecciones á la mujer, es porque cree, jóvenes aun, que la mujer es el ser mas perfecto entre todas las criaturas. Habiendo sido la última obra que salió de las manos que formaron los mundos, debe espresar mas pura que cualquiera otra el pensamiento divino. Ella no fué, como el hombre, formada del polvo primordial, hecho blando barro en los dedos de Dios; no; sacada de un costado del hombre, materia sutil y maleable, es una creacion transitoria entre el hombre y el ángel. Así la veréis fuerte mientras el hombre lo es, y delicadamente inteligible por el sentimiento como lo es el ángel. ¿No era menester reunir en ella esas dos naturalezas para encargarla de llevar siempre la especie en

su corazon? Un hijo para ella no es la humanidad entera!

Entre las mujeres, Eugenia Grandet será un tipo tal vez, el de los afectos lanzados al través de las borrascas del mundo, y que quedan sumerjidos como una noble estatua sacada de la Grecia, que durante el viaje cae en el mar, donde debe permanecer y permanecerá para siempre.

FIN.

